

EL EJÉRCITO FRANQUISTA Y SU AVANCE DESDE ANDALUCÍA EN 1936: LA BATALLA DE MADRID

Julián Chaves Palacios
Universidad de Extremadura

Resum

L'article tracta a l'entorn de les característiques logístiques de l'avenç franquista sobre Madrid des dels diferents fronts i, especialment des d'Andalusia. El seu autor esposa i analitza els arguments sostinguts per diversos autors i la raó per la qual l'exèrcit franquista va concentrar els seus esforços per ocupar la capital de l'Estat, a més de discutir el paper del recolzament econòmic d'algunes potències estrangeres vers la causa franquista i l'ascens del general Franco com a líder militar del bàndol revoltat.

Paraules clau: Batalla de Madrid, front d'Andalusia, Exèrcit franquista, Operacions militars

Abstract

This paper deals with the logistic of the military advance of Franco's army towards Madrid from the different fronts of war. The author exposes and analyzes the arguments maintained by diverse authors of the reasons by which the pro-Franco army focuses their efforts in occupying the State Capital. Also he discusses the paper ruled by the economic support of some foreign countries to the Franco's cause and the ascent of Franco himself like military leader of the rebels.

Keywords: Battle of Madrid, Andalucía Front, pro-Franco Army, Combat operations

1. Madrid centra la atención de ambos bandos en los primeros meses de guerra

Los sublevados tuvieron en los primeros meses de guerra un objetivo esencial: la ocupación de la capital de España. Madrid se convirtió en el principal objetivo de las operaciones insurgentes desde los primeros meses de guerra civil, y tanto desde posiciones del Norte, en un primer momento, como desde el Sur a partir de agosto de 1936, todos los esfuerzos se dirigieron a cumplir ese propósito con la mayor celeridad. Y cabe preguntarse: ¿por qué la capital de España era el objetivo primordial a ocupar y a defender? ¿Qué intereses políticos y estratégicos conllevaba su control? ¿Por qué era tan decisiva su ocupación para la marcha de la guerra?

Éstas y otros interrogantes se pueden plantear sobre esta cuestión, que no por importante evita su obviedad: la capital de la nación siempre es un objetivo primordial en toda guerra, máxime cuando ésta enfrenta a dos bandos de un mismo país. No se puede entender de otra manera este planteamiento, pues Madrid no era una ciudad de provincia cualquiera, era el centro político, económico y social del Estado, y los contendientes eran conscientes que del éxito en su defensa o en su ocupación dependía en buena medida el futuro de la guerra.

Autores tan identificados con el bando de Franco como Martínez Bande establecen tres tipos de razones por parte de los sublevados a la hora de marcar la prioridad de ese objetivo.

Nacional: Madrid capital de un Estado fuertemente centralizado.

Internacional: el alzamiento podía ser enjuiciado por la opinión pública de otros países como un simple golpe militar contra un Gobierno legítimo, sin embargo con la conquista de la capital demostrarían al exterior que eran en España la única fuerza organizada.

Militar: al residir en Madrid la más nutrida guarnición peninsular y ser centro de comunicaciones, su ocupación daría mayor eficacia a las operaciones sobre el restante territorio nacional".¹

Por tanto, si nos atenemos a ese tipo de argumentos, Madrid se convirtió en objetivo prioritario de las fuerzas insurgentes desde los primeros días de insurrección. Y es que la idea del director de la conspiración, general Emilio Mola, era triunfar con la mayor celeridad, "en cuatro jornadas a ser posible". Y para conseguirlo, los términos de la gran operación a ejecutar se basaban en una única batalla: la de Madrid. Y el plan para llevarlo a cabo contemplaba una rápida ofensiva por parte de cinco guarniciones e igual número de direcciones (Valencia, Zaragoza, Burgos, Valladolid y Andalucía), y se contaba también con la colaboración de las unidades de la capital de España. Sin embargo, si esos eran los propósitos de Mola, la realidad fue por otro camino diferente.

Y si Madrid acaparaba la atención de insurgentes y republicanos, del mismo modo lo que allí sucedió en los primeros días de insurrección constituyó un ejemplo bastante ilustrativo de la situación militar en que se encontraban ambos bandos al iniciarse la contienda. Como ha señalado G. Cardona:

"Desde los momentos iniciales de la guerra civil española existió una diferencia cualitativa entre ambos bandos contendientes en el plano militar: los sublevados contaron con un ejército mientras que los republicanos debieron organizarlo prácticamente desde cero, porque la sublevación de la mayor parte del ejército derrumbó las instituciones de la República y permitió el estallido de la revolución".²

1 MARTÍNEZ BANDE, J.M. (1982): *La Marcha sobre Madrid*, Madrid: San Martín. pp. 12 y 13.

2 CARDONA, G. (2003): "Entre la revolución y la disciplina. Ensayo sobre la dimensión militar de la guerra civil". Ayer, 50 pp. 41-54. p. 41 para esta cita.

Efectivamente, la República estaba prácticamente sin fuerzas castrenses, y hubo que improvisarlas para hacer frente a la insurrección. Y la fórmula era ya veterana: entregar armas al pueblo, cuando éste no se apoderó directamente de ellas. Masas armadas que asumieron la defensa del gobierno legítimo y, en este caso, de la capital de España.

Ese era el escenario madrileño en los días siguientes a la insurrección: un ejército insurgente organizado y disciplinado, frente a unos milicianos sin educación militar previa, que como señala J. Zugazagoitia en sus memorias:

“Creían que podían arreglarlo todo con valor personal y se equivocaban. La muerte les fue enseñando disciplina y estrategia. El miliciano que corrió mucho, corrió mucho porque lo hizo en dos direcciones: hacia atrás y hacia delante. Huyendo de las tormentas de fuego, a veces; y haciendo retroceder ese mismo fuego, otras. Pegujaleros y artesanos que no se habían preparado para la guerra, de la que no tenían una referencia exacta, aún habiendo leído el libro de Remarque, no es chocante que le volvieran la espalda en los primeros días de tomar contacto con ella. Tenían, para escaparse de los combates en la sierra madrileña, libertad de obediencia y automóviles rápidos que en pocos minutos los situaba en la Puerta del Sol donde podían aplacar su sed y quitarse el susto de la muerte”.³

Para la República no era suficiente contar con las reservas de oro del Banco de España, ni tampoco tener bajo su mando más población y territorio que sus contendientes, el problema era que no disponía de un ejército para afrontar la situación bélica. Y es que los milicianos, como se indica en la cita anterior, no eran militares, y sus principios para el combate se basaban en la lucha de clases y la revolución, sustentos ideológicos difícilmente sostenibles en el combate, especialmente cuando

éste chocaba con algún tipo de adversidad, en la que se exigía no solo voluntad, sino una disciplina y un orden del que carecían esas improvisadas fuerzas. Situación que fue variando a medida que avanzaba el verano de 1936, sobre todo tras el cambio de gobierno que se produjo a primeros de septiembre.

Pero hasta entonces, poco tenían en común las fuerzas de uno y otro bando, salvo su concepción táctica, que desde inicios de la contienda se basó en una forma organizativa que se remonta a las guerras coloniales: la *columna*, pequeñas agrupaciones de fuerzas que aglutinaban todas las armas, como principal núcleo operativo. Así se organizaron las milicias republicanas y también las fuerzas insurgentes, entre las que podemos destacar el ejército de regulares y legionarios que bajo las órdenes de Franco se trasladó del norte de África a Sevilla, y desde allí avanzó hacia Madrid a partir de primeros de agosto de 1936.

Y dentro de la confusión y el desorden político y militar que caracterizó la defensa de la República durante el gobierno de José Giral es importante señalar, en lo referente a la capital de España, que el 20 de julio habían sido controlados los focos de rebelión en Campamento y, especialmente, el Cuartel de la Montaña. Unas milicias en las que, al menos inicialmente, el anarquismo tenía un peso específico mayor que el de sus principales precursores: los comunistas.

Y es que los anarquistas se encontraban especialmente cómodos en la situación de desorden que se vivía en la capital de España, que justificaban como una “consecuencia irremediable de la sublevación de los militares”. Este anarquismo, con capacidad de contagio, es el que entró victorioso en el Cuartel de la Montaña “e impuso a los oficiales vencidos su justicia de guerra”.⁴ Los comunistas, por su parte, desempeñaron una importante labor en la

³ ZUGAZAGOITIA, J. (2001): *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Barcelona: Tusquets. p. 126.

⁴ ZUGAZAGOITIA, J. Op. cit., p. 88.

formación y reclutamiento de milicianos a través de su célebre “Quinto Regimiento”.

La noticia de la rendición del emblemático Cuartel de la Montaña se difundió por toda la ciudad y provocó escenas de júbilo entre la población. Sin duda esta victoria tuvo un significado moral importante en cuanto a la defensa de la ciudad y la autoestima de unas milicias que en medio del descontrol supieron sofocar esos conatos de rebelión y organizar las labores de resistencia frente a la llegada de las columnas del ejército mandado por Mola a la sierra madrileña.

En cuanto al armamento facilitado a las milicias, fue ordenado por el Gobierno Giral y se distribuyó entre las formaciones políticas y sindicales republicanas madrileñas, criterio de reparto en el que no se utilizó como base las organizaciones milicianas existentes antes de insurrección de julio (Juventudes Socialistas o Milicias Socialistas, MAOC, entre otras), escasamente adiestradas para el arte de la guerra, como lo ponía de manifiesto su insignificante presencia y escasa influencia dentro de las primeras columnas que se formaron en Madrid, el 21 de julio para hacer frente a las tropas de Mola en la sierra madrileña.

Las operaciones de los milicianos antes esas fuerzas, a las que consiguieron frenar su avance, se centraron sobre todo en los puertos de acceso a la capital de España: Navacerrada, Somosierra y Guadarrama. Con intensidad se combatió hasta finales de julio, en que el ejército insurgente, escaso de efectivos y municiones, observó como su intento de penetrar en Madrid desde esas posiciones resultaba un fracaso. En esos combates, que originaron numerosas bajas en ambos bandos, se gestaron nombres de líderes del futuro Ejército Popular como los comunistas Enrique Lister, Juan Guilloto “Modesto” y Valentín González “Campesino”, el anarquista Cipriano Mera, o el controvertido teniente coronel Julio Mangada, del que Zugazagoitia escribe lo siguiente:

“Mangada y su columna centró por algún tiempo los afectos de los madrileños. Mangada era un militar que tenía pública historia de soldado republicano. Hombre original, amigo de una musa paticoja que le dictaba versos en esperanto, idioma auxiliar del que era activo adalid. En la masonería abierta a los esperantistas se referían anécdotas simpáticas de este militar. Sus andanzas por un sector de las sierras de Guadarrama tenían en los diarios madrileños una estupenda repercusión ditirámica. Le dieron sus soldados como nombre el de “general del pueblo”, título del que él se sentía ufano, los vecinos le ovacionaban. Sus hombres sentían por él idolatría simplona e inocente. Al parecer, en un acto militar, tras pronunciar el general Goded un discurso de intenciones equívocas, se despojó de la guerrera delante de sus compañeros y la arrojó al suelo y pisoteó con furia, lo que le valió un cautiverio de varias semanas. Tras los combates con sus hombres en la sierra madrileña, que no tuvieron nada de decisivos, la estrella del general Mangada comenzó a palidecer”.⁵

A primeros de agosto el frente de Madrid estaba prácticamente estabilizado. Esa situación confirmaba el fracaso del pronunciamiento, con unos sublevados que en dos semanas no se habían hecho con el Gobierno. Se daba paso a una guerra civil que impuso un cambio de estrategia en ambos bandos. En lo que afecta a Madrid, el republicano, tras el desorden inicial en su defensa, procedió a una reorganización de sus fuerzas, que previamente habían sufrido el cambio de ministro de Guerra, al enloquecer el general Castelló (fue preciso recluirle), y el nombramiento como sustituto de un militar muy próximo a Manuel Azaña: Hernández Saravia.

En concreto, a mediados de ese mes se dio orden de ponerlas bajo un mando único, al que se denominó Teatro de Operaciones del Centro de España (TOCE), del que fue nombrado

5 ZUGAZAGOITIA, J. Op. cit., p. 125.

máximo responsable el general Riquelme, que hasta entonces había dirigido las operaciones en la sierra norte madrileña. Los insurgentes, por su parte, sin abandonar la idea de ocupar la capital de España cuanto antes, estudiaron otras alternativas que pasaron por utilizar al ejército destinado en el protectorado de Marruecos.

2. La decisiva ayuda extranjera a los sublevados en las primeras semanas de guerra civil

Por qué el recurso al ejército de África. Primero porque se sumó a la insurrección y segundo por ser en aquellos momentos el único en el país con preparación, dotación de medios y potencia suficiente para emprender operaciones militares de alcance. Su número de efectivos al estallar la insurrección superaba los 24.000 hombres, que se repartían entre miembros del Tercio y fuerzas regulares de la siguiente forma: unos 45 batallones de Infantería, 14 baterías, 5 escuadrones y 4 batallones de Ingenieros. Todo un ejército, integrado por regulares y legionarios, es decir, por efectivos adiestrados en la guerra de África.

Para dirigirlas en la mañana del 19 de julio llegó a Tetuán procedente de Canarias el general Francisco Franco.

“Bandas militares y oficiales exultantes le recibieron en las oficinas del Alto Comisariado español. Y en su discurso a los compañeros de armas rebeldes de Marruecos y España trató de darles confianza: ‘España se ha salvado (...). Fe ciega, no dudar nunca, firme energía sin vacilaciones, porque la Patria lo exige. El Movimiento es arrollador y ya no hay fuerza humana para contenerlo’”.⁶

Los insurgentes eran conscientes de la necesidad de recurrir a estas fuerzas para consolidar

el alzamiento, y con ese fin van a tratar de estimularlas con medidas como la subida de su nómina o un mayor reclutamiento de voluntarios marroquíes para trasladarlos a luchar a la península. Un hecho en absoluto novedoso pues el mismo Franco había utilizado estas tropas en los sucesos de octubre 1934, en los que dieron buena cuenta de la violencia que empleaban para controlar a sus oponentes. Y desgraciadamente esos métodos represivos volvieron a trasladarlos a España en su avance hacia Madrid por tierras extremeñas.

El problema se planteó con su traslado desde África. Y las dificultades revestían en su envío por mar, con la mayor parte de la marinería de la Escuadra bajo control gubernamental, lo que significaba que no había medios de transporte para esos movimientos. Un contratiempo de primera magnitud, que obligaba a transportar a estas fuerzas por vía aérea, lo que originaba otro inconveniente de no menor importancia: no disponían apenas de aviones y los existentes eran, por lo general, inapropiados para el transporte de efectivos.

Se planteaba, pues, un serio problema: todo un ejército de legionarios y regulares dispuesto a combatir no contaba con medios de transporte para dar el salto a la península. La solución pasó por solicitar ayuda exterior. Las gestiones, por instrucciones expresas de Franco, se iniciaron con inmediatez. Se iniciaba de esa forma la petición de ayuda extranjera por parte de uno de los bandos en conflicto, lo que significaba el inicio de la intervención de potencias extranjera en la guerra civil española.⁷

Las peticiones de ayuda se dirigieron a Portugal, Alemania, Italia e Inglaterra, y no se limitaban a la consecución de aviones, sino también de

⁶ PRESTON, P.(1993): *Franco “Caudillo de España”*, Madrid: Grijalbo, p. 187.

⁷ MORADIELLOS, E. (2003): “La intervención extranjera en la guerra civil: un ejercicio de crítica historiográfica”, en *Ayer*, 50, pp. 199-232.

bombas para las ofensivas aéreas.⁸ El Reino Unido rechazó prestar colaboración, pero no los restantes países citados. En concreto, y sin deseo de profundizar en este asunto por considerar que está debidamente debatido desde los pioneros trabajos de Ángel Viñas⁹ o John Coverdale,¹⁰ solo indicar que por razones políticas –apoyo frente a la revolución social que apreciaban en la República– y estratégicas –mayor influencia en la zona occidental europea y en el Mediterráneo– los Gobiernos italianos y alemán decidieron ayudarle.

Ayuda al general Franco que en el caso de la Alemania de Hitler consistió en material aeronáutico, de forma que el 29 de julio remitía su primera remesa compuestas por dos tipos de aviones: seis cazas Heinkel 51 y veinte bombarderos Junker 52. Por su parte el Gobierno italiano remitía un día después que los alemanes su primer lote, concretamente una docena de aviones Savoia-Marchetti. Eran los primeros envíos que sin duda aliviaron la tensa situación que se vivía en el Protectorado, al permitir el transporte aéreo a la península de regulares y legionarios.

Y en cuanto a Portugal señalar que en 1936 el *Estado Novo*, liderado por el profesor Oliveira Salazar, controlaba la situación política y económica lusa, y decidió apoyar desde un primer momento a las fuerzas franquistas frente al *perigo rojo*. Salazar entendía esta guerra como “una lucha entre civilizaciones donde se decidirán los destinos del occidente cristiano”. Y ante ello el régimen no fue indiferente, consciente de que en España se dirimía la suerte del Estado Novo.¹¹ Y su apoyo se fraguó de diversas maneras: militar, económico, orden público, etc.

Los ejemplos de esa colaboración lusa con los insurgentes van a estar presentes desde inicios de la insurrección, y una prueba de ello fue la ayuda prestada a las autoridades sublevadas en Cáceres tras su ocupación de la provincia.¹² Y es que las dotaciones en armamento y municiones de las tropas cacereñas presentaban, al igual que toda la zona controlada por el general Emilio Mola, un déficit significativo que estuvo presente hasta la conexión con las fuerzas de Franco después de ocupar éstas Mérida el 11 de agosto de 1936. Pero la cuestión de mayor preocupación para las autoridades insurgentes cacereñas en esos primeros días de insurrección no era esa, sino la falta de gasolina existente en toda la provincia.

Los mandos eran conscientes de la necesidad de conseguir su abastecimiento con la mayor inmediatez, pues de no conseguirlo se paralizaría el necesario movimiento de tropas. Se recurrió a la delegación de CAMPSA en Cáceres, que pronto agotó sus existencias¹³, y no podían solicitar combustible a otras provincias limítrofes bajo control de los sublevados por presentar similares carencias. Un problema de alcance, por tanto, capaz de hacer tambalear el rápido control ejercido por los insurgentes desde los primeros momentos sobre la casi totalidad de la geografía provincial cacereña, que pasó por solicitar colaboración al aliado portugués.

En concreto, antes de finalizar el mes de julio de 1936 viajaron a ese país dos destacadas personalidades de la derecha cacereña que se habían puesto al lado de los sublevados desde los

8 PRESTON, P., Op. Cit. p. 183.

9 (1977): *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Madrid, Alianza.

10 (1979): *La intervención fascista en la Guerra civil española*, Madrid, Alianza.

11 Véase; DELGADO, I. (1980): *Portugal e a Guerra civil de Espanha*, Lisboa: Pub. Eu-Ame.

12 CHAVES PALACIOS, J., (1996): “La ayuda portuguesa a los sublevados en la guerra civil 1936-1939: el caso de la provincia de Cáceres”, en *Actas del Congreso Internacional Luso-Español de Lengua y Cultura en la Frontera*, Cáceres: Universidad de Extremadura, pp. 503-520.

13 La única refinería española bajo control de las tropas sublevadas estaba en Tenerife, con una capacidad de almacenaje suficiente para cubrir el abastecimiento de estas fuerzas, pero el problema consistía en contar con divisas para comprar el crudo y, sobre todo, tener barcos para trasladar la gasolina a los puertos peninsulares.

primeros momentos: Miguel Ferrero Pardo, que había sido Gobernador Civil Provincial durante el bienio radicalcedista, y Enrique Muslera, nombrado Delegado de Hacienda Provincial por las nuevas autoridades. Ambos contactaron en Lisboa con los enlaces correspondientes, que fueron tajantes: es necesario dar garantías de pago de la gasolina suministrada. Antes de tomar ninguna decisión, y con la premura que exigía la posibilidad de quedarse sin existencias de gasolina en toda la provincia en los primeros días de agosto, el Gobernador Civil puso este asunto en conocimiento de la Junta de Defensa en Burgos mediante el siguiente telegrama:

“Ante la urgencia de adquirir gasolina en Lisboa, cuyo pago exigen los portugueses en moneda extranjera, solicito me indiquen si autorizan con garantía de 50.000 pesetas, oro del que existe en el Banco de España de esta Plaza, procedente de derechos de aduana, abrir una cuenta de crédito en dicha capital portuguesa con garantía de indicada suma, y poder así efectuar la operación”.¹⁴

La operación fue autorizada y los sublevados cacereños consiguieron el preciado suministro, a pesar de las costosas facturas que se debieron abonar a los portugueses por su importación. Estas transacciones ponían de manifiesto que no sólo eran municiones y armas lo que escaseaba en la zona bajo control de Mola en las primeras semanas de guerra, sino también gasolina.

En este sentido mostramos nuestro desacuerdo con versiones como la defendida por el historiador G. Jackson, quien afirma que “los insurgentes estuvieron bien abastecidos de productos petrolíferos desde el principio”¹⁵. Creemos que esa afirmación no se corresponde con la realidad

de las primeras semanas de guerra en la zona controlada por Mola, como se desprende de la experiencia vivida por los sublevados en Cáceres, a los que no podían socorrer con el suministro de hidrocarburos desde otras provincias bajo su control por encontrarse en similares circunstancias.

Del mismo modo evidenciaban la importancia de la ayuda portuguesa a los insurgentes desde los primeros días de insurrección, que era cuando más se necesitaba para consolidar las posiciones alcanzadas en un principio. Apoyo que no se limitó a medios materiales al extenderse, también desde los primeros días, a un exhaustivo control de los pasos fronterizos, sin importarles vulnerar todos los principios del derecho de gentes con las detenciones de republicanos y su inmediata entrega a los agentes del orden franquistas¹⁶.

Cuestión distinta fue la limitada capacidad de reacción de la República, que fruto del desconcierto inicial, no supo captar la debilidad en materia de suministros armamentístico y de hidrocarburos en que se encontraban determinadas zonas bajo control del ejército de Emilio Mola. Y cuando quiso reaccionar y poner a prueba las dotaciones en defensa que disponían provincias como la de Cáceres, con operaciones como la emprendida a mediados de agosto de 1936 por la Columna Uribarri –conocida en la jerga franquista como Columna Fantasma–, que desde la provincia de Toledo se internó por el sureste hasta llegar a Guadalupe, ya era demasiado tarde, pues la gasolina portuguesa había llegado a Cáceres, y lo más importante: las tropas de Yagüe habían alcanzado esta provincia y pudieron sofocar con prontitud esa ofensiva republicana.

Por tanto, si la colaboración de Italia y Alemania fue decisiva para el bando insurgente, no cabe minusvalorar a Portugal, que con su

14 Este telegrama estaba fechado el 3 de agosto de 1936. Archivo Histórico Provincial de Cáceres, Orden Público, agosto 1936.

15 JACKSON, G. (1987): *La República española y la guerra civil (1931-1939)*, Barcelona: Orbis, p. 228.

16 ESPINOSA, F. (2003): *La Columna de la muerte*, Barcelona: Crítica, p. 109 y ss.

apoyo en materia de represión y suministros colaboró de forma decisiva a la estabilidad de la insurrección en provincias limítrofes como la de Cáceres. Mientras, paradojas de este enfrentamiento armado, la política internacional francesa se supeditaba a la iniciativa inglesa de no intervención y privaba a la República del necesario apoyo internacional en estas primeras semanas de guerra,¹⁷ pese al bochorno que les producía su inhibición ante el descarado apoyo a Franco de los países antes citados.

Citamos en ese sentido la entrevista privada en Ginebra de Negrín, jefe del Gobierno, con Eden, ministro del Foreign Office, en la que el jefe del ejecutivo español se quejó del maltrato dado a nuestro país por las potencias democráticas. Eden, aludiendo a la intervención de alemanes e italianos en España, se limitó a decir: "son muchas las indignidades por las que Inglaterra está pasando. ¡Demasiadas!"¹⁸. En fin, indignidades aparte, lo cierto es que la República sufrió directamente esa política internacional, de funestas consecuencias para la marcha de la guerra.

3. Decisión importante: avanzar hacia Madrid por Extremadura

A Sevilla, que había sido controlada por los sublevados con prontitud y se encontraba al mando del general Gonzalo Queipo de Llano, fueron llegando en avión legionarios y regulares

procedentes de Marruecos, gracias a la ayuda de Alemania e Italia. Su colaboración resultó decisiva para que entrara en la guerra el ejército de África, sin que la República supiera aprovechar sus superiores recursos para impedir ese traslado tan importante de militares insurgentes. Para entonces, la Junta de Defensa en Burgos había nombrado a Franco General Jefe del Ejército de Marruecos y Sur de España, y Queipo estaba bajo su mando, al ser jefe de la 2ª División, es decir, de las provincias andaluzas.

Madrid era el objetivo y se debatió el itinerario a seguir en la marcha hacia la capital de España. Descartadas otras opciones,¹⁹ dos cuestiones parecían meridianamente claras: se partiría de Sevilla y el contingente de fuerzas principal de la Columna sería marroquí. Quedaba por dilucidar la ruta a seguir: por Córdoba o por Badajoz. La primera, más directa y con 100 kilómetros menos de recorrido, era el acceso tradicional de los andaluces a la capital de España. Pero presentaba dos inconvenientes: el complicado acceso por el desfiladero de Despeñaperros, en la provincia de Jaén, que comunicaba La Mancha con Andalucía, presumiblemente bien defendido por los republicanos; y el avance por el territorio manchego, una vez superada Sierra Morena, abierto y sin protección alguna en los flancos para las tropas marroquíes.

Y en cuanto a los efectivos que guarnecían esta ruta, un importante contingente de fuerzas republicanas al mando del general Miaja se encontraban concentradas en la provincia de Córdoba dispuestas a combatir la ofensiva de las tropas insurgentes. Además, Despeñaperros se encontraba controlado por los mineros de La Carolina, dirigidos por el veterano dirigente

17 "La adquisición de aviones por la República en el verano de 1936 era difícil y complicada. El comité de No Intervención, discurrendo en nuestro daño, nos lo hacía en abundancia. Nuestros inexpertos compradores caían en las más absurdas celadas, discurrendo contra nuestro dinero por una turbamulta de simuladores y tramposos. Materiales viejos y retirados por otros ejércitos nos eran cobrados a precios altísimos. También recibíamos fusiles variados de tipos y calibres lo que introducía un nuevo motivo de enredo en nuestros defectuosos sistemas de organización. Así ocurría que, en los trances más apurados, las municiones consignadas a un Batallón llegasen a otro que, por la diferencia de calibre, no podían utilizarlas. Contratiempos a los que el ministro de la Guerra no encontraba otro remedio que la esperanza en días mejores". ZUGAZAGOITIA, J. Op. Cit., p. 130.

18 ZUGAZAGOITIA, J., Op. cit. p. 119.

19 En un principio se pensó en Málaga y Algeciras como lugares de desembarco de las tropas marroquíes y desde allí que éstas avanzaran hacia Córdoba donde confluirían en su avance hacia Madrid. Pero Málaga seguía bajo mando de la República y "adentrarse desde el Valle del Guadalquivir para saltar a la Mancha era empresa arriesgada". MARTÍNEZ BANDE, J.M., p. 128.

socialista José Piqueras, Gobernador Civil de Jaén en la guerra, que habían barrenado los riscos de acceso. Como el mismo afirmaba:

“Ni por aquí ni por ahí podrá circular una persona sin permiso nuestro. Dos cerillas y los caminos quedarán cerrados con muchas toneladas de piedra”.²⁰

Al parecer, los mineros revisaban permanentemente la red de barrenos y vigilaban la carretera del desfiladero puerta de Andalucía hacia La Mancha, y también el paso, que estaba cerrado, y así permaneció prácticamente durante toda la guerra. Como se lamentaba un histórico socialista:

“El camino hacia Madrid de las tropas franquistas era otro. Daba la vuelta por Extremadura, donde la República no consiguió descubrir su Piqueras, acaso porque la empresa exigía otras condiciones y más méritos. Despeñaperros tenía la seguridad que no habíamos de conseguir en Mérida (...)”.²¹

Se optó por avanzar a través de Extremadura, es decir, por Mérida, Cáceres, Navalmoral de la Mata, y desde ahí pasar a la provincia de Toledo. Como ventajas para decidirse por ese trayecto, pese a ser más largo, estaba la proximidad a la frontera, por el flanco izquierdo, de un país que como ya hemos indicado apoyó la causa defendida por los sublevados desde un primer momento: Portugal. También que en caso de alcanzar Mérida, situado a 200 kilómetros de Sevilla, se enlazaría con las fuerzas al mando del general Emilio Mola y unirían los ejércitos del Norte y Sur. Alicientes y garantías suficientes para decidirse por esta marcha, pese a que en ella encontrarían una provincia: Badajoz, controlada en su totalidad por la República.

Pese a tener que superar importantes focos de resistencia, lo cierto es que el paso de las

Columnas franquistas por Extremadura fue rápido y más fácil de lo inicialmente previsto.²² El núcleo principal de esas fuerzas formado por legionarios y regulares eran tropas profesionales, bien instruidas y pertrechadas, que estaban habituadas a la guerra en sus campañas en África. Su rápido avance por la Ruta de la Plata en la provincia de Badajoz así lo puso de manifiesto. También los métodos represivos tan expeditivos que empleaban contra los disidentes, que provocó a su paso por las poblaciones pacenses numerosas víctimas republicana.²³

Si bien el itinerario seguido por las Columnas franquistas de sur a norte de la provincia de Badajoz fue la carretera de la Ruta de la Plata, ese recorrido no se respetó en el caso de la ocupación de la capital pacense, que exigió un desvío de esa carretera hacia la frontera portuguesa. Giro que contradecía la marcha hacia lo que era el principal objetivo de las operaciones: Madrid.

El mismo teniente coronel, Juan Yagüe, confirmaba esa finalidad tras la ocupación de Mérida el 11 de agosto, en la Orden que difundió para comunicar que se hacía cargo de la “Columna Madrid”, en la que figuraba el siguiente llamamiento:

“Jefes, oficiales, suboficiales y tropa de la Columna Madrid, el mando que me han conferido me llena de satisfacción y alegría, pero me echa sobre mis hombros una gran responsabilidad y he de poner a su contribución todas mis facultades. No me detendrá nada. Delante de mí está Madrid, hay que conquistarlo rápidamente (...)”.²⁴

Sin embargo, no se continuó la dirección de la carretera Ruta de la Plata, es decir, seguir hasta

²² El 1 de agosto de 1936 partieron de Sevilla, el 11 de ese mismo mes ocuparon Mérida y tres días después Badajoz. CHAVES, J. (1997): *Guerra Civil en Extremadura 1936-1939. Operaciones militares*, Mérida: Editora Regional de Extremadura, p. 61 y ss.

²³ Véase, ESPINOSA, F. (2003): *La Columna de la muerte*, Barcelona: Crítica.

²⁴ Servicio Histórico Militar, Documentación Nacional, Legajo 2.

²⁰ ZUGAZAGOITIA, J., p. 147.

²¹ ZUGAZAGOITIA, J., p. 147-148.

Cáceres, que estaba bajo control sublevado, y de allí avanzar hacia la provincia de Toledo, y se decidió, al parecer por órdenes expresas del general Franco,²⁵ desviarse de los planes trazados inicialmente y tomar rumbo hacia Badajoz. Medida que algunos han considerado un error estratégico, pues toda dilación en el avance hacia la capital de España suponía dar tiempo a las fuerzas republicanas que la guarnecían para organizar sus alteradas defensas. Incluso se ha llegado a indicar, tal vez llevados más por la sinrazón que por la realidad, que tras la unión de las dos zonas sublevadas por Mérida:

“Franco habría podido trasladar sus tropas por territorio de Mola hasta la sierra de Madrid, sólo 50 ó 60 kilómetros al norte de la capital, para lanzar desde allí la ofensiva que decidiera la guerra”.²⁶

Evidentemente esa es una de las lecturas que cabe hacer a ese giro de la ruta trazada, pero no es menos cierto que una decisión militar de esas características también estaba acompañada de importantes justificaciones, pues no se entiende bien que continuaran las operaciones hacia la Alta Extremadura y dejaran en su flanco izquierdo una plaza republicana de la importancia de Badajoz, sin duda la más importante de toda la provincia, dotada de una significativa guarnición y muy próxima a la frontera portuguesa. Argumentos con la suficiente entidad para justificar ese cambio momentáneo de ruta, que se materializó con su ocupación el 14 de agosto.

Con la conquista de esta Plaza finalizaba la primera etapa de la marcha sobre Madrid de las tropas de Franco, etapa que habían culminado con indudable éxito para sus intereses. Poco después el avance continuó por la provincia de Cáceres, donde se trasladó Franco el 26 de mencionado

mes para seguir más de cerca las operaciones. Unas operaciones que abandonaron la Ruta de la Plata y siguieron por la carretera Madrid-Portugal, con la lógica preocupación del gobierno de la República que veía con escepticismo cómo las tropas de Franco, tras ser concentradas en Navalmoral de la Mata, alcanzaban la provincia de Toledo y se situaban, tras la ocupación de Talavera de la Reina el 3 de septiembre, a 100 kilómetros de Madrid.

El mismo Azaña se hacía eco en sus memorias de la frustración que sentía ante esa situación, al recordar una conversación que mantuvo con Negrín en los siguientes términos:

“Le recuerdo a usted, o le cuento por si no lo sabe, lo que ocurrió con Navalmoral de la Mata. Dos meses estuve preguntando –por seguridad si se quiere pero muy legítima y fundada- ¿Qué se hace sobre Navalmoral?:

- Allí no hay más que un centenar de guardias civiles sublevados que merodean por los contornos, me contestaban.

Que hubiese solamente 100 guardias civiles en Navalmoral no era un motivo para desistir de ocuparlo, sino al contrario. Más había en Albacete y se ocupó desde los primeros días porque la necesidad de hacerlo era manifiesta y urgente. Como por Navalmoral aparentemente no se iba a ninguna parte, nadie se propuso en serio su ocupación. Se habría logrado, al principio, igual o más fácilmente que Albacete, o por lo menos debió acometerse. Unas milicias holgaban por Talavera. Mientras tanto nos rompíamos los dientes en el Alto del León y Somosierra y en el asedio del Alcázar donde llegó a haber siete u ocho mil hombres, en acecho de una hecatombe. Luego resultó que Navalmoral, con tiempo para fortificarse y armarse, sirvió de espólón avanzado, y con otros puestos como Almaraz y Miravete jalonaba la marcha del ataque a Madrid.

25 PRESTON, P., p. 210.

26 MOA, P. (2002): *Los mitos de la guerra civil*, Madrid: Esfera de los Libros, p. 258.

De pronto aquellos puertos, al parecer poco armados, entraron en tensión y formaron los anillos de una cadena (...).²⁷

El político republicano, con su habitual perspicacia, abundaba en los problemas militares de la República, que no supo o no pudo ver el grave problema que se ceñía sobre la capital de España con las operaciones por tierras extremeñas del ejército de África. Éste, tras la referida ocupación de Talavera, en un mes habían recorrido 500 kilómetros, lo que confirmaba el acierto de escoger esta ruta para avanzar sobre la capital de España.

4. Consolidación de un liderazgo: Franco y el avance a Madrid

Si importantes eran esas operaciones, no lo eran menos para consolidar la figura de su máximo responsable: Francisco Franco, que el 26 de agosto, es decir, el día de su traslado desde Sevilla a Cáceres, dejaba su cargo de jefe del Ejército de Marruecos y Sur de España, para ser designado por la Junta de Defensa en Burgos: jefe de las fuerzas militares de Marruecos y del Ejército Expedicionario. Queipo de Llano, hasta entonces subordinado suyo en calidad de jefe de la 2ª División, se hacía cargo de forma efectiva de las tropas en Andalucía, y Franco se ocupaba de las que marchaban hacia Madrid.

Un cambio significativo pues asumía la operación de mayor importancia en esos momentos para los sublevados: ocupar Madrid. Nombramiento que implicaba, necesariamente, categoría y consideración dentro de los máximos responsables militares del ejército sublevado, que además se veían avalados por los éxitos militares y el acierto de tomar la ruta extremeña en la marcha hacia Madrid. Pero del mismo modo esa designación al frente del ejército de África le privaba del mando de un ámbito territorial preciso

como tenían Queipo en Andalucía o Mola en la zona Norte. Además este último alcanzó en la primera quincena de septiembre éxitos militares tan importantes como la toma de Irún el día 3, lo que significó controlar la frontera francesa por esa zona, y de San Sebastián el 12, una provincia de indudable riqueza agrícola e industrial. Se unía así la zona insurgente desde los Pirineos occidentales hasta Andalucía, con el consiguiente aislamiento terrestre de Asturias, Santander y Vizcaya.

Sin embargo creemos que un hecho, un nuevo retraso en el avance hacia Madrid, va a ratificar su firme candidatura al mando único de esta zona: la toma del Alcázar de Toledo. En esta fortaleza resistía el asedio republicano, desde inicios de la insurrección, el general Moscardó junto a un millar de militares y personal civil. A mediados de septiembre la situación de los sitiados era angustiosa, y al parecer especialmente sentida por Franco que les había prometido su ayuda en agosto. Sentimiento que provocó un nuevo giro en la ruta hacia Madrid.

Concretamente, tras la toma de Santa Olalla y Maqueda, el 20 y 21 de septiembre, respectivamente, por la Agrupación de Columnas de Vanguardia, nueva denominación de las fuerzas que marchaban hacia Madrid, y con el general Varela y no Yagüe como responsable, Franco decidió, cuando se encontraban a 74 kilómetros de la capital de España, dirigirse a Toledo. Ante ello cabe plantearse las siguientes cuestiones: ¿era consciente el general de las consecuencias que podía tener esa desviación de sus fuerzas en el cumplimiento de su principal objetivo: tomar Madrid? ¿Podía costar esa operación la conquista de la principal plaza republicana? ¿El inminente cerco a la capital de España podía haber provocado en los sitiadores regresar a Madrid y abandonar el asedio? ¿Anteponía Franco los beneficios políticos dimanantes de la liberación de la guarnición sitiada, al retraso en las operaciones de Madrid?

27 AZAÑA, M. (1978): Memorias políticas y de guerra, Barcelona: Crítica, v. II, p. 163-164.

Estos interrogantes, entre otros, cabe plantearse ante una decisión tan importante, que significó la demora en dos semanas en el avance hacia Madrid – el 21 se tomó la decisión de marchar a Toledo, una semana después era ocupado el Alcázar y hasta primeros de octubre no se reinició el avance sobre la capital de España – y lo más concluyente: un atraso que permitió a sus defensores organizar de forma más eficiente su defensa, compensada con la recepción de los primeros apoyos extranjeros.

En contrapartida, Franco salió reforzado políticamente tras esta operación²⁸. La necesidad de crear un mando único para toda la zona insurgente y, en definitiva, de construir un Estado en todo el ámbito geográfico bajo su control, precipitó los acontecimientos en los últimos días del mes de septiembre. Se ha discutido si Franco anhelaba ese puesto, o si fueron los buenos oficios de su hermano Nicolás,²⁹ o del jefe de la aviación sublevada y monárquico, Alfredo Kindelán,³⁰ entre otros, quienes influyeron en que lo aceptara.

Independientemente de esas controversias, lo cierto es que tras la toma de Maqueda los acontecimientos se precipitaron y el 21 de septiembre, en Salamanca, Franco era designado para detentar el mando único, pendiente de ser ratificado por la Junta de Defensa. Como condición indicó que asumiría el cargo si acaparaba todos los poderes. El indudable rédito obtenido en la operación de liberación del Alcázar precipitó esos trámites, con la imagen de un Franco victorioso “salvador de los héroes sitiados” visitando las ruinas de la fortaleza, que se divulgaron por todas las salas de cine del mundo tan solo dos días después del desenlace. Y una jornada

después, la Iglesia, con la célebre pastoral “Las dos ciudades” del arzobispo catalán Pla y Deniel, ratificaba su identificación con la causa defendida por los insurgentes.

El primer día de octubre Franco era nombrado jefe del Estado en Burgos, pero seguía teniendo ante sí el reto de ocupar Madrid. Toledo confirmó su designación, aunque probablemente ésta se hubiera producido sin esa nueva victoria, pero probablemente esa operación determinó la pérdida de Madrid.

5. Respuesta al avance franquista: Madrid resiste la ofensiva africanista

Con las tropas de Marruecos a las puertas de Madrid y la aureola de éxitos militares que traía aparejados desde su partida de Sevilla, cabe preguntarse en primer lugar cómo reaccionaba el Gobierno republicano a esa situación excepcional que podía determinar la marcha de la guerra. Y, desde luego, cabe afirmar que aunque tarde, la República supo organizar sus fuerzas y legislar para que la resistencia ante el ejército franquista fuera más eficaz. Favoreció en ello la dilación en las operaciones por parte de Franco con el giro hacia Toledo.

Estamos convencidos que tuvo bastante que ver en esa reacción, entre otras razones porque en este tiempo comenzó a recibirse la necesaria ayuda exterior procedente de la URSS y organizar la defensa de la capital. Ratificamos, pues, la frase: *Franco ganó Toledo y perdió Madrid*. Pero vayamos por partes. Desde primeros de septiembre, concretamente en la jornada después de la pérdida de Talavera de la Reina, se hizo insostenible la continuidad del ejecutivo presidido por José Giral y se formó un gobierno de concentración presidido por Largo Caballero, capaz de dirigir las milicias populares que constituían el verdadero armazón del ejército republicano tanto en la retaguardia como en el frente.

28 RUEDA, A. (2005): *Vengo a salvar a España*. Biografía de un Franco desconocido, Madrid: Ediciones Nowtilus, p. 180 y ss.

29 PAYNE, S. (1992): *Franco. El perfil de la historia*, Madrid: Espasa, p. 44.

30 Véase KINDELÁN, A. (1982): *Mis cuadernos de Guerra*, Barcelona: Planeta.

Cambio de dirigente que anunciaba cambios sustantivos en la organización del ejército, entre las que destacaremos las más significativas con relación al tema objeto de análisis. Citar en primer lugar la decisión del jefe del ejecutivo de concentrar en el ministerio de la Guerra, cartera de la que era su titular, el mando de las fuerzas armadas y organizadas, y cumplir de esa forma el deseo manifestado desde distintos sectores de las organizaciones políticas frentepopulistas de centralizar en un mando único las decisiones que afectaban tanto al ejército como a las operaciones militares.

Otra medida de inequívoca significación fue la creación de las Milicias de Seguridad y Retaguardia, y la declaración de ilegalidad de cualquier otra forma de vigilancia. Con ello se pretendía hacer valer la dirección gubernamental y desautorizar a los incontrolados que cometían todo tipo de desmanes. Y ya en octubre, cuando las fuerzas franquistas hacía cuatro días que habían iniciado la ofensiva sobre la capital de España, se dieron por superadas las desavenencias acerca de emprender un proceso de militarización y se procedió a la reorganización militar republicana con la creación, mediante decreto de fecha 10 de octubre, del Ejército Popular de la República. Y también con demora, se aprobó la creación de las Brigadas Internacionales hasta el mes 22 de ese mismo mes.

En suma, una serie de medidas que complementadas con otras cursadas en los meses siguientes pusieron las bases de una nueva dirección de guerra, que perseguía sobre todo conseguir un ejército regular, capaz de presentarse a campo abierto ante las expertas y bien organizadas tropas adversarias. Y a la par que se regulaba el funcionamiento del ejército, se negociaba con Moscú el envío de ayuda militar a la República, que en el mes de octubre se confirmó con la recepción de las primeras remesas de armamento y tropas especializadas, que resultaron decisivas en la defensa de la capital de España.

A primeros de noviembre, el presidente del ejecutivo nombró al general Miaja máxima autoridad política y militar de Madrid, pues el Gobierno en pleno abandonaba la capital y se instalaba en Valencia “ante el temor a ser capturado y que ello supusiera el final de la República”³¹. Como jefe de Estado Mayor fue designado el comandante Vicente Rojo, que aplicó con eficacia en la defensa de la ciudad, sus significativos conocimientos de la ciencia militar de aquellos momentos.

El 6 de noviembre daba comienzo la ofensiva franquista, que contaba con unos 15.000 hombres, sobre la capital de España, que se prolongó, en contra de lo previsto por los atacantes, hasta marzo de 1937 en que desistieron de su ocupación tras el desarrollo de las campañas de la Casa de Campo, Ciudad Universitaria, carretera de La Coruña, el Jarama y, finalmente, Guadalajara. Cabe preguntarse por qué no consiguieron su objetivo ante una defensa inicialmente heterogénea, difícil de calcular en cuanto a número de efectivos, desorganizada y precariamente dotada para la guerra. En primer lugar destacar la obstinación franquista de atacar la ciudad con los mismos métodos que habían empleado en su andadura hasta la capital de España, con el protagonismo de las Columnas en su avance por el acceso a la ciudad a través de los diferentes puentes (Toledo, Segovia, Franceses, Princesa...) y de forma independiente.

Se trataba de materializar esta operación de forma similar a las realizadas hasta entonces, con un movimiento de fuerzas bastante elemental, donde el ataque más importante sería frontal, y sin apenas artillería ni reservas, en la confianza de la debilidad de los inexpertos milicianos, tan proclives al abandono de sus posiciones a la primera adversidad.

31 CARDONA, G. (1995): “La batalla de Madrid”, en *La Guerra Civil*, Historia 16, 9, pp. 6-61 (p. 9 para esta cita).

En cuanto a la defensa destacar: la importancia de la ayuda soviética en material de guerra pesado, aviones y militares con instrucción. También la incorporación de las Brigadas Internacionales que supusieron no sólo apoyo militar, sino también una entrada de aire fresco que reforzaba la moral de los defensores de la ciudad, como también lo fue la presencia de la columna catalana a las órdenes del anarquista Durruti. Todo ello acompañado de una labor propagandística permanente, en la que lemas como “No pasarán”, se familiarizaron con su población y estimularon en la resistencia sobre todo a sus defensores más numerosos: los milicianos.

Dentro de ese ambiente de *resistencia a toda costa contra el fascismo*, cabe ubicar que por primera vez desde que comenzó la guerra, los republicanos supieron organizar su retaguardia de una forma eficaz, con una movilización adecuada de los recursos humanos y materiales disponibles, así como en la coordinación en sus principales áreas: armamento, sanidad, transportes, etc.

Un escenario desconocido hasta entonces en este bando que favoreció notablemente las operaciones de defensa de la ciudad, como lo demuestra que avanzado el mes de noviembre las tropas franquistas detuvieran, momentáneamente, sus operaciones, en el convencimiento de que la técnica empleada en su ofensiva no había obtenido los resultados apetecidos. El victorioso ejército de Marruecos veía por primera vez frenados sus movimientos ante la férrea resistencia republicana.

El objetivo de tomar Madrid, que había sido primordial para los insurgentes desde inicios de la guerra, comenzaba a ser cuestionado ante la impotencia para llevarlo a cabo. Le sucedió, como ya hemos indicado, a las tropas de Emilio Mola en las primeras semanas de la guerra en la sierra norte madrileña, y le ocurría otro tanto igual a la masa de maniobras africanas en el

otoño de 1936, incapaz de controlar enclaves tan importantes como la Ciudad Universitaria o la Casa de Campo, pese a los intensos bombardeos sobre la ciudad auspiciados por los alemanes.

Cuando se reanudaron las operaciones, las fuerzas franquistas desistieron de los ataques frontales y fomentaron las operaciones de cerco de la ciudad de noroeste a suroeste, aunque en esta nueva fase encontraron a unos republicanos cada vez mejor organizados y más numerosos gracias a la movilización e instrucción de nuevos combatientes en la retaguardia, convencidos de que la mejor forma de combatir al enemigo era rehuir el enfrentamiento a campo abierto y fomentar la fortificación y la guerra desde las trincheras. Y de nuevo esas labores de resistencia resultaron efectivas y obligaron a las fuerzas contrincantes a replegarse.

A medida que avanzaba el nuevo año, el desgaste de ambos contendientes tras tantas semanas de combate era patente, ambos bandos habían registrado numerosas bajas y sus fuerzas estaban exhaustas. Ambos bandos habían llegado a una situación de equilibrio militar en la batalla de Madrid. Y aunque hubo que contar acciones indirectas como la ofensiva republicana en el Jarama, que al final no se consolidó, aunque se saldó, entre unos y otros, con 40.000 bajas; o el ataque franquista, o para ser más precisos, de las tropas voluntarias italianas, sobre Guadalajara, que fueron derrotadas por el ejército republicano, lo cierto es que Franco, al comprobar que el cerco sobre Madrid se podía prolongar por mucho tiempo y sus resultados no eran los esperados, impuso un cambio de estrategia en las operaciones militares de su ejército.

Si hasta entonces Madrid había sido la prioridad, fallida a tenor de los resultados obtenidos en su acción final, en la primavera de 1937 ordenó modificar esos planes que habían acaparado la atención de sus tropas desde inicios de la guerra, y abandonó, de momento, la deseada

conquista de la capital de España. El punto de mira del bando franquista se dirigió entonces a otros horizontes geográficos: el Frente Norte. Un cambio de rumbo, por tanto, que anunciaba una guerra larga, en la que Madrid permaneció con la República hasta su terminación en la primavera de 1939.

Referencias bibliográficas

AZAÑA, M. (1978): *Memorias políticas y de guerra*, Barcelona: Crítica.

CARDONA, G. (1995): "La batalla de Madrid", en *La Guerra Civil*, Historia 16.

CARDONA, G. (2003): "Entre la revolución y la disciplina. Ensayo sobre la dimensión militar de la guerra civil". *Ayer*, 50 pp.

CHAVES, J. (1997): *Guerra Civil en Extremadura 1936-1939. Operaciones militares*, Mérida: Editora Regional de Extremadura

CHAVES PALACIOS, J., (1996): "La ayuda portuguesa a los sublevados en la guerra civil 1936-1939: el caso de la provincia de Cáceres". *Actas del Congreso Internacional Luso-Español de Lengua y Cultura en la Frontera*, Cáceres: Universidad de Extremadura.

DELGADO, I. (1980): *Portugal e a Guerra civil de Espanha*, Lisboa: Pub. Eu-Ame.

ESPINOSA, F. (2003): *La Columna de la muerte*, Barcelona: Crítica

(1977): *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Madrid: Alianza

(1979): *La intervención fascista en la Guerra civil española*, Madrid: Alianza

JACKSON, G. (1987): *La República española y la guerra civil (1931-1939)*, Barcelona: Orbis

KINDELÁN, A. (1982): *Mis cuadernos de Guerra*, Barcelona: Planeta.

MARTÍNEZ BANDE, J.M.(1982): *La Marcha sobre Madrid*, Madrid: San Martín.

MOA, P. (2002): *Los mitos de la guerra civil*, Madrid: Esfera de los Libros.

MORADIELLOS, E. (2003): "La intervención extranjera en la guerra civil: un ejercicio de crítica historiográfica", en *Ayer*, núm. 50.

PAYNE, S. (1992): *Franco. El perfil de la historia*, Madrid: Espasa.

PRESTON, P. (1993): *Franco "Caudillo de España"*, Madrid: Grijalbo.

RUEDA, A. (2005): *Vengo a salvar a España. Biografía de un Franco desconocido*, Madrid: Ediciones Nowtilus.

ZUGAZAGOITIA, J. (2001): *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Barcelona: Tusquets.